

– Desde su primera obra hasta nuestros días, han pasado 48 años, medio siglo, ¿qué diferencias hay del *Armiñán de aquel entonces*, cuando la *Dictadura*, al *Armiñán de hoy*, en los inicios del siglo XXI?

– Me daría una pereza terrible volver a empezar. Empecé cuando empecé. El *Armiñán* de entonces era mucho más ingenuo que ahora, con más ganas de trabajar y de comerse el mundo, como decía mi abuelo, también mi abuela Carmen Cobeña. Ahora estoy de vuelta de tantísimas cosas... he evolucionado en ese terreno. ¿La forma de escribir? Pues también. Influyó muchísimo la censura, las marcas que hacían los autores, la influencia de ciertos autores de Teatro, me gustaba mucho el teatro de evasión, admiraba muchísimo a Mihura y a Jardiel Poncela. Esas influencias están marcadas. Tengo, como todos, sombras: uno, cuando escribe, tiene la sabiduría o los malos modos de cientos de autores que le han precedido.

– ¿Y esa Literatura es, entonces, diferente a la de ahora?

– Las historias son otras y todo es muy diferente. Tampoco podemos olvidar que entonces estábamos condicionados por la censura. Era más que terrorífica, sobre todo en el teatro. En Televisión era surrealista, aunque tenía un cierto encanto: había una guerra muy divertida establecida contra la censura. Aprendí aquella frase tan popular "le han metido un gol". Meterle un gol a (Manuel) Fraga era algo delicioso...

– Sorprende que Fraga siga en política...

– Sí, sí, claro.

– Su faceta de escritor, ¿no está oscurecida por el Cine?

– A mí me ocurrió que tuve una época en que estrenaba bastante. Pero los empresarios me pedían la misma comedia: un mismo escenario y muy pocos actores. Una vez estrené una comedia, *El arte de amar*, en el teatro Beatriz, que tenía veintitantos personajes. Aquello fue excepcional y, por desgracia, no gustó. Y ocurrió que me aburrí hacer teatro. Ahora veo aquel tiempo como privilegiado, porque ahora se buscan monólogos, que son mucho más baratos. Se puede recorrer España con un actor en una furgoneta. Eso ya es terrible.

Hace veinte años ocurría una cosa que es terrible: el hecho de ser un actor y conocido, como en el caso de Fernando Fernán Gómez, lo invalidaba para otras cosas. Se le toleraba como director de escena, pero no escribir. Y escribía muy bien, y siempre. El tiene una novela que se llama *El vendedor de naranjas* que es una historia de Cine, maravillosa. Lo mismo le ocurrió a Adolfo Marsillach.

– Recuerdo haber leído *Vidas perras*, un libro maravilloso de cuentos, publicado por Editorial Tayo...

– Yo nunca he dejado de escribir. Y cuando no he escrito Teatro, he escrito guiones o novela. Lo último escrito es *La dulce España*, un libro de memorias, premio Comillas. Es un tanto especial, escrito a tres bandas: la historia de mis padres, de mis abuelos y la historia de mi niñez, hasta que llego a la Universidad en 1945. Es la España ensangrentada por la guerra civil. Mi padre fue corresponsal de guerra en el lado nacional: había sido gobernador de la República tres veces y le hubieran fusilado los dos bandos, pero consiguió liberarse. Utilizo en

la obra muchos cuadernos que tenía mi padre, explicando cosas realmente inéditas y curiosísimas. Y hay cosas de mi madre: se puso a escribir cuando murió mi padre. Ella había sido actriz y dejó el teatro cuando se casó. En el libro están mezclados los relatos de mi padre, de mi madre y los míos. Yo recorrí España, de niño, con mi padre, en muchos sitios. Ese es el libro y no pienso escribir la segunda parte.

– ¿Qué puedo decir de *La isla de los pájaros*? Dos personas que intercambian puesto de trabajo, que intercambian formas de vida... hasta llegar a situaciones sorprendentes...

– Es una de las ventajas que tiene, para mí, la Literatura: puedes inventar, imaginar. No sé si he llegado al esperpento de Valle, nunca lo he buscado. Pensaba hacer un libro de aventuras, de imaginación. Creo que lo es...

– En la actual situación literaria, con cientos, miles de títulos publicados al año, ¿no cree que la buena literatura, esa que tiene tiradas máximas de tres mil ejemplares, pasa inadvertida?

– Yo no escribo para ganar dinero. Escribo por propia satisfacción. Si encima se vendieran mis novelas por cientos de miles, pues sería maravilloso. Pero eso es muy difícil conseguirlo. Estamos igual que en tiempos de mi padre. Mi padre escribía y escribía novelas, cuentos. Las tiradas eran de tres mil ejemplares y no se vendían. Y entonces no se publicaba lo que se publicaba hoy. Se escribe para publicar. Si se escribe para no publicarlo, qué angustia.

– ¿Piensa en el lector?

– Nunca he pensado en el lector y casi nunca en el espectador de cine. Eso sería prostituirse, ¿no? Pensar demasiado en lo que puede gustar o no... Yo creo que la mayor parte de lectores, en beneficio de su parte, son lectoras. Lo observo en el Metro: casi todas las chicas jóvenes leen libros. Los hombres, prensa deportiva. Algunos leen novela.

– ¿Se escribe hoy lo que quiere el lector, si es que se sabe lo que quiere la lectora?

– Yo nunca he pensado en el lector, lectora. En mi caso nunca ha ocurrido que escribiera para el lector, lectora. He escrito lo que he querido y lo he ofrecido a una editorial o a otra. Normalmente me lo han aceptado y lo que he escrito se ha publicado. En esta última etapa, aparte de los libros de los perros, que se vendió muy poco porque era una editorial modesta y sin una distribución adecuada, he publicado en Espasa Calpe *Los amantes encuadernados*. Tuvo un buen éxito editorial. Me dijeron que se habían vendido más de veinte mil ejemplares, que está muy bien. *La isla de los pájaros* la publicó Janés, con buenos resultados y ahora ésta de memorias, premio Comillas. Escribo lo que me da la gana. No podría escribir de otra forma. Sólo aceptaría algún encargo, de algún tema que me gustara muchísimo. Pero hay que escribir lo que uno quiere, lo que a uno le da la gana.

– ¿Jaime de Armiñán es un autor de su época?

– Eso sí que no lo sé. No lo podemos saber. Es curioso lo de Valle Inclán. Mis abuelos, Carmen Cobeña, actriz que tiene calle en Madrid, y Federico Oliver, autor dramático... tengo una carta metido en un libro, de Galdós, reco-